

«Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo»

TOMO 6

El Anillo Púrpura



Avner Gold



EDITORIAL BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés

Purple Ring

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución
y comercialización en español

Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 987-9096-81-9

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Gold, Avner - El Anillo Púrpura - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2006.

I. Judaísmo. I. trad. II. Título CDD 296

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Contenidos



Prefacio a la versión castellana	iv
Nota del Editor	vi
1•El aguatero	1
2•Ordenes del Rey	39
3•Seis hilos amarillos	71
4•El prisionero de la torre	93
5•Encuentros oscuros.....	115
6•El retorno del caminante	141
7•El último pedido	181
8•Asesinos en la noche	205
9•Un pedazo de cuerda	237
10•Atrás de la máscara	263
Glosario de términos.....	289

Prefacio a la versión castellana

Con alabanza y gratitud al Creador, tenemos el agrado de presentar la versión en castellano de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» por Avner Gold.

Ya desde su aparición en el idioma inglés se ha convertido en un favorito de los niños y adultos de todas partes y se lo ha establecido como un estándar en la lista de lecturas preferidas de padres y educadores.

En los ocho tomos que la componen, el lector se verá transportado a lugares tan distantes como Cracovia, Estambul, Viena y Ierushalaim. Por sus atrayentes páginas desfilan todo tipo de personajes del mundo judío de entonces: niños desaparecidos en conventos, sencillos mercaderes, sabios rabinos, marranos, falsos mesías, devotas mujeres. Aunque muchos de los protagonistas son ficticios, fruto de la imaginación del autor, cada uno de los fascinantes tomos está ambientado en un escenario histórico real cuidadosamente documentado -citando fechas y lugares concretos cuando es necesario-, como ser los pogroms cosacos en Polonia, la aparición del falso mesías Shabetái Tzví o la situación de los marranos en Europa.

A medida que avanzamos en la lectura nos convertimos en partícipes de las alegrías y las tristezas, el heroísmo y la

fe, el amor por la tradición y la santa Torá.

Escrita en un hermoso estilo, en que siempre aparecen también encantadoras descripciones de la vida cotidiana de la época, el lector hispanohablante se topará con un deleite literario que le era totalmente desconocido hasta la fecha en su propia lengua y que gracias al elogio constante que hace de los valores eternos de la Torá, a sus enseñanzas morales aplicables también en el mundo de hoy y a su excelente calidad literaria, se ha vuelto un preciado clásico en hogares judíos de todo el mundo.

Esperamos que este libro despierte un profundo interés y un genuino amor a Di's y a su Torá y que ello origine el anhelo de profundizar en la aplicación de los preceptos en la vida cotidiana, a fin de elevar su nivel, dado los valores eternos que contiene, para que así muy pronto tengamos la llegada del Mashíaj en nuestros días. Amén.

Editorial Bnei Sholem

Nota del editor

“El Anillo Púrpura” de Avner Gold, el sexto volumen de la continua «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*», retoma el hilo de la fascinante saga de la familia Pulichever, en su escenario original. El quinto volumen de esta serie, “El Impostor”, que se situaba en Turquía, Egipto y Eretz Israel, ofrecía un detallado enfoque del surgimiento del infame falso Mesías Shabetai Tzvi.

“El Anillo Púrpura”, por el otro lado, describe los efectos de este movimiento sobre la vida judía, en el lejano Reino de Polonia. Shabetai Tzvi y sus secuaces no aparecen en “El Anillo Púrpura”, pero sus actividades complican peligrosamente las vidas de sus personajes.

La trama de “El Anillo Púrpura” gira alrededor de una conspiración secreta para desprestigiar a los judíos de Pulichever, y acusarlos de alta traición. Mientras se desdobra la excitante historia, ocurren numerosos eventos siniestros, incluyendo la captura de espías turcos, asesinos y conspiraciones dentro de conspiraciones que se desarrollaban bajo los oscuros cielos de la medianoche. El libro también introduce al General Jan Sobieski, frecuentemente llamado “el George Washington de la historia Polaca”, mientras se embarca en una de las primeras campañas de su larga y brillante carrera militar. Los detalles referidos al carácter y actitudes de Sobieski son históricos. Sus encuentros con los personajes de la epopeya de los Pulichever, son, por supuesto, ficción.

En los pocos meses desde su publicación, “El Impostor” ha sido ampliamente reconocido como una valiosa fuente de información sobre la era de Shabetai Tzvi. Por eso no sorprende que la Editorial ha sido inundada por numerosas preguntas e interrogantes sobre este libro por parte de muchos lectores de todo el país, incluyendo a un importante número de docentes. Entonces, si asumimos que por cada lector que nos ha escrito hay muchos otros con el mismo interés, podríamos decir que éste es el foro apropiado para nuestras respuestas.

Una de las preguntas más frecuentes se refiere al episodio descrito en “Dientes de dragón” (el tercer capítulo de “El Impostor”), en el cual el inescrupuloso Abraham Hayejini concibe un elaborado engaño para convencer a Shabetai Tzvi sobre la autenticidad de un antiguo manuscrito que predecía que Shabetai Tzvi sería el Mesías. Aunque Abraham Hayejini indudablemente falsificó el manuscrito y convenció a Shabetai Tzvi que era auténtico, los registros históricos sobre éste episodio son sumamente imprecisos con respecto a los detalles y a las fechas. “El Impostor” adopta la opinión más común, que el episodio tuvo lugar durante la primera visita de Shabetai Tzvi a Constantinopla, y el autor ha suministrado los detalles de su propia imaginación. La mayor parte de los otros episodios del libro, están más solidamente fundamentados en hechos históricos.

Otra pregunta muy frecuente se refiere al carácter de Nejemia Kohein, el extraño místico polaco que afirmaba que

era el Mashiaj ben Iosef, y que denunció a Shabetai Tzvi al sultán turco. Todo indica que Nejemia Kohein era un bien intencionado, piadoso, inofensivo excéntrico cuya existencia no hubiera sido registrada por la historia si no hubiera sido por su intervención en el episodio de Shabetai Tzvi. En retrospectiva, parece haber sido un inconsciente mensajero enviado por el Ribono Shel Olam para provocar la caída final de Shabetai Tzvi.

Las preguntas más frecuentes se refieren a la personalidad de Shabetai Tzvi. ¿Era un gran hombre que por alguna razón se corrompió o era un simple charlatán? ¿Sus pruebas milagrosas fueron genuinas o engaños cuidadosamente planeados? La opinión generalizada entre las fuentes históricas es que Shabetai Tzvi poseía algunos atributos excepcionales, incluyendo una mente brillante y una personalidad magnética. Esto no debería sorprender, ya que logró convencer a miles de judíos, incluyendo a una multitud de importantes Rabanim y Talmidei Jajamim, que en realidad, él era el Mesías. Algunas fuentes mantienen que sus pruebas milagrosas fueron simples trucos, mientras que otras atribuyen sus poderes a su habilidad para manejar las kojot hatumah, las fuerzas de la impureza.

El retrato de Shabetai Tzvi que emerge de un cuidadoso estudio de período, describe a un arrogante y peligrosamente inestable personalidad que sufre un progresivo proceso de deterioro psicológico en proporción directa a su creciente fama. Desde una temprana edad, intentaba convencerse que era el Mesías. Su aparentemente precipitada

rendición en el palacio del sultán y su conversión al Islam han sido atribuida en algunos sefarim a un sentimiento de impotencia provocado por la repentina pérdida de sus poderes sobrenaturales. También puede ser explicado bastante razonablemente por las intensas presiones psicológicas que experimentó cuando fue finalmente forzado a enfrentar la realidad de su falta de poderes.

En el análisis final, la historia ha marcado a Shabetai Tzvi como un despreciable rasha, uno de los más viles de todos los tiempos. Al margen de sus primeras motivaciones, eventualmente se embarcó en una campaña para endiosarse, en el sentido literal de la palabra, y para erradicar la Tora. Condujo a miles de sus engañados seguidores a los más profundos abismos del pecado, y dejó al final una estela de destrucción por la cual sufriría el Klal Israel por cien años.



©editorial BNEI SHOLEM



CAPÍTULO I
El aguatero



oloridas imágenes jugaban en la mente de Laizer Knobel, mientras

retornaba trabajosamente de los campos, cargando una pesada canasta de tomates sobre su hombro. En sus pensamientos, ya había reemplazado las penurias de Polonia por la dichosa vida que le aguardaba próximamente en Jerusalén.

Laizer Knobel, aguatero y verdulero, viviría como los más ricos judíos de Varsovia y Cracovia. Su hogar sería una espaciosa casa quinta situada en la cima de una montaña con una imponente vista, a la distancia, del reconstruido “Beit Hamikdash”. Tendría ambientes separados para comer y para dormir, y tal vez hasta una habitación especial para los niños. Habría abundante carne para su familia en Shabat y Yom Tov, y en ocasiones hasta podrían comer pollo durante la semana. Campesinos y nobles acudirían de todas par-

tes del mundo para implorar el privilegio de ser sus sirvientes. No reclamarían pago, solo casa y comida. Sin embargo, no aceptaría demasiados sirvientes, solo cincuenta o cien. Durante el día, labrarían sus campos, atenderían el ganado y harían las tareas domésticas de su residencia de la montaña, y por la noche, los hospedaría en adecuados dormitorios al pie de la montaña. Sí, en poco tiempo, la vida sería absolutamente maravillosa. Si, efectivamente faltaba muy poco para que esto ocurra. Laizer acomodó la pesada canasta en el otro hombro, y se dirigió hacia el camino principal que conducía a Pulichev.

Un tenue sol amarillo adornaba el alto cielo azul, mientras el pequeño aguatero transitaba por un vasto campo de lilas en flor, que brillaban bajo el reflejo de los rayos del sol. El camino pasaba por la suave y grisácea sombra de un grupo de robles, y Pulichev apareció.

La ciudad yacía acogida por colinas boscosas, en un recodo de un brazo del río Grizdna, sus prolijas casitas lavadas por las cálidas lluvias primaverales. En la distancia, la nieve derretida se deslizaba por las laderas hacia los cabezales de los hinchados ríos, y corría raudamente por sus verdes orillas. Ovejas y ganado comían los tiernos brotes de pasto en las onduladas praderas del valle inferior. Laizer se detuvo por un momento para disfrutar de la serena vista y escuchar los sonidos del valle que despertaba de su letargo invernal. Aún desde lejos, podía escuchar la tintineante risa de los niños jugando en el aire suave y magnífico.

Laizer suspiró y sacudió su cabeza. Había vivido toda su

existencia en los hermosos valles fluviales del sur de Polonia. Conocía su belleza, pero también había presenciado su lado oscuro. Había visto el violento odio de los polacos, las persecuciones y los pogroms, y la muerte cabalgando sobre un caballo cosaco. No, Polonia nunca podría ser un verdadero hogar para los judíos. Tampoco Alemania ni Inglaterra, ni ningún otro país. Sólo “Eretz Israel”. Falta sólo un poco más, pensó Laizer mientras comenzó el descenso hacia Pulichev. Sólo un poco más.

El camino descendía contorneándose cautelosamente por la escarpada ladera, cada tramo plano era seguido de una repentina y pronunciada curva. Al final del último sector plano, justo antes de la última curva hacia Pulichev, se encontraba el establo de Helmut Schwartzwalder y Klaus Bremen, dos burgueses descendientes de inmigrantes alemanes del siglo pasado.

Mientras Laizer se acercaba, pudo observar a los dueños del establo conversando en el patio abierto, con Krystoff Sudvolych, el cura párroco, y con Bronislaw Kurski, el ajado terrateniente de una deteriorada finca. Atrás de ellos, un herrero martillaba una herradura con un pesado martillo, y un carpintero reparaba la puerta. Laizer evitó sus miradas, y apuró la marcha, ansioso por alejarse de esos hombres.

—¡Eh tú, aguatero!— gritó Helmut Schwartzwalder mientras Laizer pasaba por el frente del establo. —Ven aquí.

Laizer se detuvo. Suspiró profundamente, y ensayó algunos pasos tentativos hacia el patio del establo.

—¿Por qué tan apurado, aguatero?—preguntó Klaus Bremen,

su voz teñida de maldad. –¿No nos has visto aquí parados? ¿O acaso has decidido ignorarnos porque estás demasiado ocupado para detenerte y desearnos un buen día?

Laizer dirigió su mirada al piso, y permaneció en silencio.

–¿Qué te pasa?– exclamó Bremen. – ¿Has perdido la lengua?

–B–buen día, – tartamudeó Laizer.

–Eso está mejor, aguatero, – dijo Schwartzwalder. – No mucho mejor, pero sí un poco mejor. Debes aprender a demostrar el apropiado respeto hacia tus superiores, aguatero. ¿Entiendes?

Laizer asintió.

–¡No te escucho!– protestó Schwartzwalder.

–Sí– dijo Laizer con voz muy tenue.

–No te escuchó, aguatero– dijo Schwartzwalder. –¿Acaso tu lo escuchas Klaus?

–No, Helmut– dijo Bremen. –No le escucho nada.

–Sí, comprendo– dijo Laizer, con voz más fuerte pero insegura. La canasta de tomates pesaba considerablemente sobre su hombro, y sus rodillas comenzaron a temblar.

–Tal vez la próxima vez no sea necesario recordártelo– gruño Schwartzwalder.–Caso contrario, vamos a tener que darte una lección. ¿Eso no te agradaría, verdad?

–No, señor– dijo Laizer. –No me agradaría. No será necesario recordármelo.

–Ten cuidado, aguatero– dijo Bremen guiñando el ojo

hacia el herrero y el carpintero, que se habían acercado para presenciar la escena. –Conoces a nuestro herrero Anton Szczyrk y a nuestro carpintero Henryk Pasek. Estarían encantados de darte una lección.

Szczyrk y Pasek dirigieron amenazantes miradas a Laizer, y provocaron que la sangre se hiele en sus venas.

–Mi querido Helmut– dijo Bronislaw Kurski. –Creo que conozco la verdadera explicación de la insolencia de éste aguatero. Está relacionada a una asombrosa historia que escuché recientemente, y que seguramente les resultará intrigante.

–¿De verdad, señor?– dijo Schwartzwalder, sus cejas arqueadas por la curiosidad. –Por favor cuéntenos esa asombrosa historia.

Bronislaw Kurski buscó entre los pliegues de su gastada túnica, y extrajo una pipa y una tabaquera. Lentamente, cargó el tabaco en la pipa, y lo apretó. Colocó la pipa en su boca, extrajo una lupa de su bolsillo y la sostuvo sobre el tabaco, hasta que empezó a humear. Chupó profundamente la pipa, y exhaló una bocanada de agrio humo hacia el aterrorizado Laizer.

–Como ustedes bien saben, caballeros– comenzó –recientemente retorné de Lvov, donde adquirí ese hermoso caballo que ven ahí parado en el establo. Mientras estaba en el mercado, observé a un grupo de judíos comerciantes de caballos, susurrando excitadamente entre ellos. Despertaron mi curiosidad, y les pregunté la razón de tanta excitación. Me miraron sospechosamente, y me contestaron con evasi-

vas. Bien caballeros, ¿qué puedo decirles? Mi curiosidad fue aguzada aún mas, y me propuse no descansar hasta descubrir el secreto. No fue fácil, les puedo asegurar, pero cuando Bronislaw Kurski se propone algo, Bronislaw Kurski lo cumple. Me ocupó la mayor parte del día, pero lo descubrí.

A esta altura del relato, se extinguió la pipa del hacendado. La chupó vigorosamente, pero sin éxito. Con gesto poco amigable, extrajo nuevamente la lupa y la sostuvo sobre el tabaco. Después largos y agonizantes minutos, el tabaco volvió a encenderse, y una columna de humo serpenteó del tazón de la pipa. El terrateniente chupó repetidas veces hasta que el tabaco se puso al rojo vivo, y la pipa se puso demasiado caliente para sostenerla. Observó rápidamente los expectantes rostros alrededor de él, y disfrutando el momento, sonrió.

–Caballeros, esto es lo que he descubierto– dijo el terrateniente. –Los judíos creen que el Mesías ha llegado para ellos, y que pronto los reunirá desde todo el mundo, y los llevará a La Tierra Santa.

Bronislaw Kurski se detuvo para que pudieran absorber plenamente el impacto de sus palabras. El asombro en sus rostros lo deleitaba. El único que no parecía asombrado era el sacerdote, Padre Krystoff Sudvolych.

–¡Absurdo!– exclamó Klaus Bremen. –¡Qué disparate total! Nosotros los Cristianos sabemos que el Mesías llegó hace más de mil quinientos años y fue rechazado por los judíos.

Bronislaw Kurski sonrió.

–Usted es un hombre inteligente, mi querido Klaus– dijo. –Usted sabe que el Mesías ya ha llegado. Sin embargo, los judíos son un pueblo tozudo, y se niegan a aceptar la verdad. Esa es la razón por la cual han sufrido tanto a través de los años. Y ahora están convencidos que serán redimidos por un nuevo Mesías. Pregúntenle al Padre Krystoff. ¿No es verdad, Padre?

–Sí, hijo mío– dijo el sacerdote. –Yo también lo he escuchado, y nada menos que de mi superior, Feodor Kylsa, Obispo de Malonavka. Aparentemente, ha aparecido en el Imperio Turco un místico judío llamado Shabetai Tzvi, y se proclamó como el verdadero Mesías, enviado por el Cielo para redimir a los judíos del exilio.

–¿De verdad, Padre?– preguntó Schwartzwalder. –¿Hace cuánto que lo sabe?

–Tal vez un mes– dijo el cura. –Tal vez un poco más.

–¡¿Un mes?!– dijo Schwartzwalder asombrado. –Me sorprende que nunca lo mencionó, Padre Krystoff. Nos hemos pasado muchas mañanas discutiendo las últimas noticias, como ahora, y nunca mencionó una sola palabra sobre Shabetai Tzvi. Seguramente sabía que estaríamos interesados.

–No consideraba apropiado que un hombre del clero propague esos ridículos rumores,– contestó Sudvolych encogiéndose de hombros. –Este Shabetai Tzvi es obviamente un impostor, y un inescrupuloso aventurero. El Sultán de Turquía no tolerará éstos ridículos delirios de sus súbditos judíos. Estoy seguro que Shabetai Tzvi ya debe haber

sido ejecutado, y su cabeza expuesta en la plaza pública.

—De todas maneras, nos debería haber contado, padre Krystoff— protestó Schwartzwalder. —No hubiera sido propagar rumores. No hubiera salido de éste pequeño grupo.

—Tal vez, este buen sacerdote tenía otras razones para no contarnos,— sugirió Klaus Bremen mirando especulativamente al cura.

—¿A que se refiere?— preguntó el sacerdote. Una oscura expresión apareció en su rostro, y distorsionó sus rasgos.

—Sabe perfectamente a qué me refiero, Padre Krystoff— dijo burlescamente Bremen. —No es ningún secreto que usted es un judío convertido. Muy astutamente llegó a la conclusión hace unos quince años que le convenía convertirse al Cristianismo. Y se convirtió en nada menos que un sacerdote. Pero ahora pienso que debe abrigar dudas sobre su decisión. Tal vez le da pena haber abandonado a su gente, ahora que la situación de los judíos está comenzando a mejorar. ¡Qué irónico sería que se revele el verdadero Mesías judío, unos pocos años después de haber rechazado a su pueblo.!

El cura comenzó a temblar de rabia. La sangre corrió a su cara, y las venas de su frente se hincharon como si fueran a explotar.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera, criatura infame? dijo con voz chillona.—¿Cómo osa insultarme de ésta manera? Sus escandalosas acusaciones son una afrenta no solo a mi persona, sino también a la Iglesia y a todos sus

mandatarios que me respaldan. Pagaré muy caro su falta de respeto. Haré que lo excomunique y lo castiguen con la maldición eterna. ¡Que todas las maldiciones de los otros mundos caigan sobre su indigna cabeza.!

El herrero y el carpintero se encogieron de terror, mientras las maldiciones se derramaban de la boca del clérigo, y Bremen se tornó blanco como un papel.

–Caballeros, caballeros,– dijo Bronislaw Kurski con tono apaciguante. –Por favor, no nos atacemos entre nosotros. Estoy convencido que nuestro buen amigo Klaus no tenía ninguna intención de insultar al buen Padre. Seguramente se trataba nada más que de un pensamiento ocioso que cruzó su mente, y que de alguna manera llegó hasta su boca. Totalmente contra su voluntad, por supuesto.

–Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor– dijo Schwartzwalder. –Padre Krystoff; Klaus y yo hemos sido socios en el establo por muchos años, y soy testigo de su excelente carácter. Estoy seguro que no era su intención insultarlo. Por favor no lo maldiga eternamente. Klaus, mi buen amigo, pide inmediatamente disculpas al Padre, y ruega por su perdón.

Klaus Bremen cayó de rodillas, y bajó la cabeza.

–Perdóneme, Padre– murmuró con un resentimiento difícil de ocultar. –La insolencia del aguatero judío me hizo enojar, y hablar de más. No tengo dudas que usted es un devoto y fiel Cristiano, un mucho mejor Cristiano que el resto de nosotros. Por favor retire su maldición, y deme en vez su bendición.

El sacerdote colocó sus manos sobre la cabeza de Bremen.

–Te perdono, hijo mío– le dijo. –Retiro mi maldición bajo la condición que nunca más me hables irrespetuosamente. Y te bendigo, hijo mío, con la condición que deposites veinte florines en el platillo de caridad, el próximo domingo.

–¡Veinte florines!– jadeó Bremen.

–Ni un kopek menos. ¿Tengo su promesa?

–Si Padre, se lo prometo– dijo Bremen ahogándose con las palabras.

–Muy bien– dijo el sacerdote. –Ponte de pie. Has sido restaurado a la vida.–

Mientras Bremen forcejeaba para incorporarse, vio a Laizer parado inmóvil en el mismo sitio, con la canasta de tomates aún sobre su hombro. Cuando tomó conciencia que el aguatero había presenciado su humillación, Bremen se enfureció.

–Descarga la canasta y ven aquí, pequeño y miserable judío– exclamó Bremen.

Temblando para sus adentros, Laizer bajó la canasta y se acercó hacia el dueño del establo.

–Dime aguatero– dijo Bremen. –¿Has escuchado lo que el buen hacendado nos ha dicho?

–Sí, señor.

–¿Es eso lo que tu crees? ¿Crees que Shabetai Tzvi es el Mesías?

Laizer se movió nerviosamente. Bajó la mirada, y no contestó.

Bremen dio un paso al frente, y tomó a Laizer de la camisa, con su carnosos puño derecho. Con un brusco movimiento de su brazo, levantó al pequeño aguatero, y lo sacudió por el aire.

–¡Contéstame!– le ordenó. –¿Es eso lo que tu crees?

–No–no lo sé,– alcanzó a tartamudear Laizer. –Creo que podría serlo, pero no estoy seguro.

–¡Bah! Estas mintiendo. Lo crees totalmente. Puedo verlo en tu rostro. ¿También lo creen los demás judíos de Pulichev?

–No lo sé.

–¡Contéstame!

–No puedo hablar por los demás. Realmente no sé. Supongo que algunos lo creen, y otros no.

–¿Pero todos hablan sobre el tema, no es así?

–S–sí, lo hablamos.

–Ahora puedo comprender tu insolencia,– dijo Bremen, todavía agarrando al pequeño aguatero en el aire. –¿Por qué molestarte a desearnos un buen día si pronto te marcharás? ¿Acaso no era eso lo que pensabas?

–No, no,– gimió Laizer, mientras sus pies se sacudían en el aire. –No tuve intención de ser insolente. Simplemente no quise interrumpir su conversación.

Sin llegar a depositarlo en el piso, Bremen bajó a Laizer hasta que sus rostros casi se tocaron. Laizer podía oler el sauerkraut en el aliento de Bremen.